



LA REPUBLICA DOMINICANA, LLAVE DEL CARIBE

TAN bella es la antigua *Española* o Isla de Santo Domingo, convertida hoy en sus tres cuartas partes en próspera República Dominicana, que Cristóbal Colón —5 de diciembre de 1492— quedó maravillado al contemplar sus paisajes y estampó estas palabras históricas en su "Diario de Navegación" de la SANTA MARIA: "... enfrente hay unas vegas, las más hermosas del mundo y cuasi semejantes a las tierras de Castilla (refiérese a las vegas andaluzas), antes estas tierras tienen ventaja, por lo cual puse nombre a la dicha isla la *Isla Española*". Después, el descubridor toma posesión de aquellas comarcas ubérrimas en nombre del Imperio español y somete, más con la persuasión que con la fuerza, a los cinco caciques o reyezuelos que gobernaban la isla.

Inmediatamente se establece en aquel paraíso del mar Caribe la primera base española en América, asumiendo el mando de la misma un hermano del Gran Almirante, el adelantado D. Bartolomé Colón, quien alzó la ciudad de Santo Domingo de Guzmán, a orillas del río Ozama. Este nombre se lo dió en recuerdo de su padre, que se llamaba Domingo. A continuación, se construye entre las casas provisionales de la ciudad la iglesia de San Nicolás de Bari, que en el orden cronológico ocupa el primer puesto entre los monumentos históricos construídos por España en América. Es obra de Frey Nicolás de Ovando, comendador de Lares en la Orden de Alcántara, fundador de diez ciudades dominicanas y gobernador general de la Isla. Dice el escritor nativo Federico Llaverrías, en su obra "La ciudad de Santo Domingo y sus monumentos coloniales", que Ovando fué indiscutiblemente el gobernante que más se esforzó en el progreso de la colonia. A D. Diego Colón, primogénito del descubridor, gobernador de *La Española*, virrey y segundo almirante de las Indias, se le debe una de las reliquias históricas españolas más importantes de la capital dominicana, el alcázar de su nombre o *Casa del Almirante*, cuyas ruinas son monumento nacional.

Son numerosos los monumentos que se conservan de la época española; entre ellos, la famosa Torre del Homenaje, en cuyas habitaciones escribió su "Historia General de las Indias" Gonzalo Fernández de Oviedo, siendo alcaide de la misma (y en ella murió el 26 de julio de 1557); el convento de Dominicos, sede de la primera Real y Pontificia Universidad fundada en América en 1536, con los mismos privilegios y preeminencias que las de Salamanca y Alcalá de Henares; el Monasterio de la Merced, en el cual vivió, de 1615 a 1618, el inmortal dramaturgo Fray Gabriel Téllez, *Tirso de Molina*; la artística y sólida catedral, obra del arquitecto Alonso Rodríguez, que la trazó y construyó en 1514; el castillo de San Jerónimo, alzado para contener a los piratas ingleses, siendo capitán general D. Gabriel Chávez Osorio; el Hospital de San Lázaro, la Fortaleza del Ozama, la Puerta de El Conde, murallas, templos, conventos... y la vieja Casa Consistorial, en uno de cuyos salones se leía en el rico artesonado:

"Los que en aquestos estrados junto regís y mandáis, mirad bien lo que juzgáis, porque habéis de ser juzgados."

Por todas partes, huellas de la misión ecuménica de un pueblo y ecos de la caridad cristiana, de las voces españolas, humanísimas, que en defensa de los indios quisqueyas y de los humildes de cualquier raza borbobataban en los labios enérgicos de Fray Antonio de Montesinos, famoso misionero dominico. La iglesia del Santo Cerro, dominando con austera majestad la paradisíaca Vega Real, es uno de los más notables santuarios americanos. Sus títulos son indiscutibles por insignes: en la cima de aquella colina se posó en las Antillas por primera vez el milagro católico. La epopeya y lo sobrenatural se casaron allí. Se conservan las ruinas del convento de San Francisco, en cuyos umbrales estuvo enterrado Alonso de Ojeda, porque fué su voluntad "que todo el mundo lo pisara al entrar por aquella puerta". Como hemos dicho de pasada, en Santo Domingo se conserva la Catedral Primada de las Indias, venero arcaico de piedras venerables, donde reposaron las cenizas de Colón, hito señero del Catolicismo y vuelo culminante de la civilización hispánica en tierras del Caribe.

Al ser reconstruída la capital dominicana, destruída en 1930 por un terrible huracán, cambió de nombre y se llama Ciudad Trujillo, tomando el de su reconstructor. Es de lamentar el cambio, en el que no tuvo intervención el Jefe dominicano, porque no ignora que la Historia es la consistencia máxima de los pueblos y tiene presente la verdad que encierra esta frase del mejicano Alfonso Reyes: "Prescindir de lo hispánico es mutilar lo americano con peligrosa amputación."

Con razón ha dicho un poeta que, como Jano, el Santo Domingo actual o Ciudad Trujillo presenta dos caras: una, vetusta, recia, hecha de murados conventos y de ceñudas almenas; otra, alegre, moderna, acicalada con todos los encantos de los nuevos tiempos. Tiene una gracia bifronte, la espiritual grandeza de la Castilla fundadora,

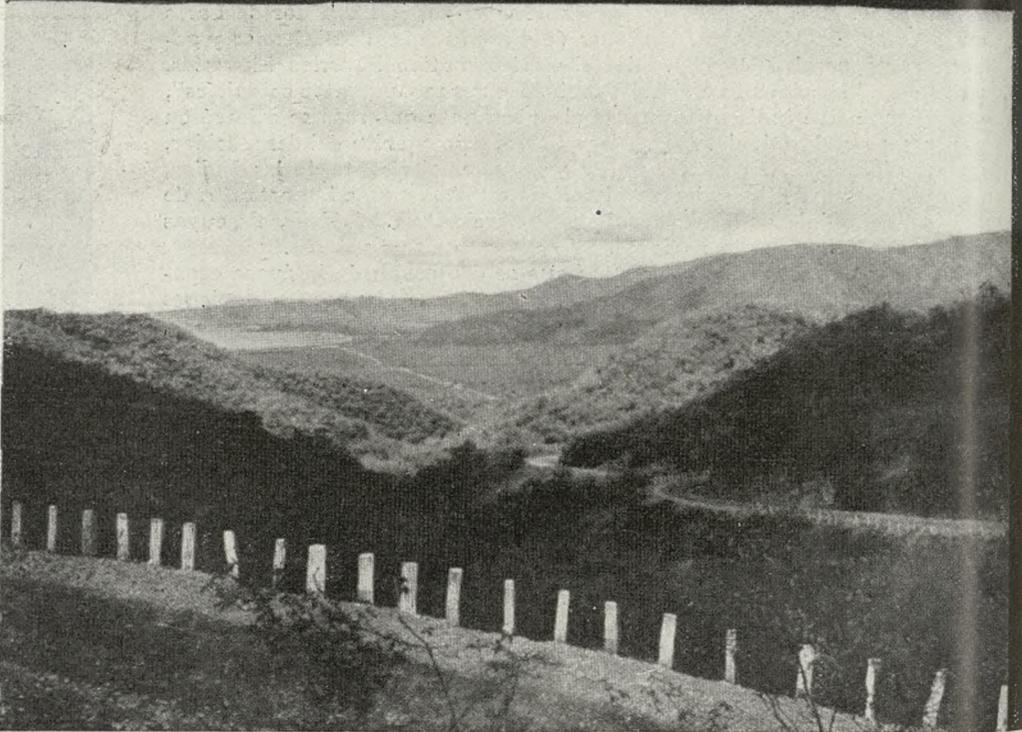
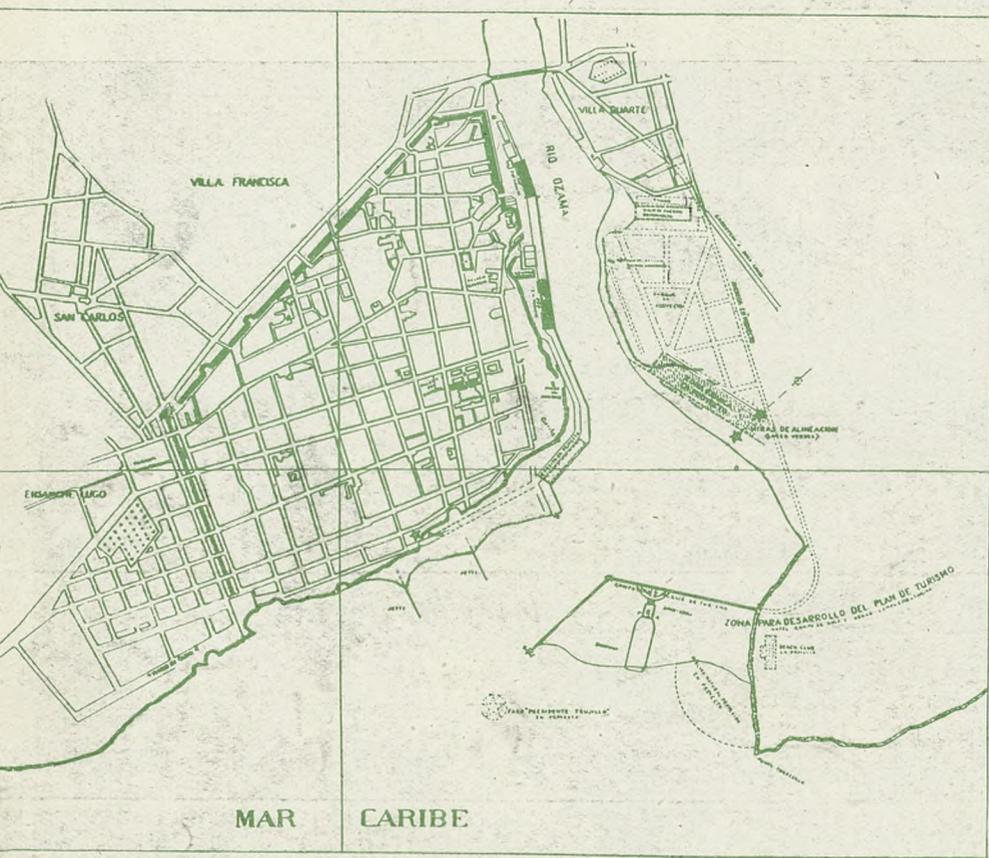
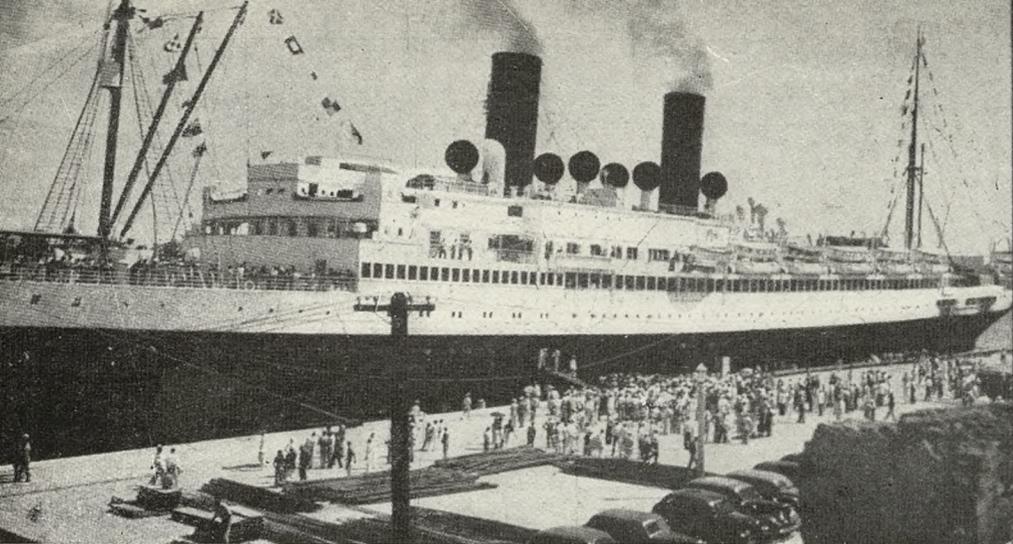


Una vista panorámica de la capital de la República Dominicana, cruzada por el río Ozama.

severa y castrense, y el intrascendente desenfado de las ciudades modernas norteamericanas. Ningún hispánico puede sentirse extranjero en esta ciudad-llave del Caribe, ya que por todas partes se percibe la presencia ecuménica de España, y no sólo en los monumentos culminantes, sino hasta en las costumbres tradicionales más sencillas y en la arquitectura civil, que vuelca sus calados herrajes platerescos sobre jardines tropicales.

El general D. Rafael L. Trujillo Molina, presidente de la República Dominicana y nieto de un capitán español, creó en Santo Domingo una Comisión conservadora de monumentos, para salvar de la furia de los elementos y de la incuria del tiempo todas las reliquias de lo español, porque sin esa sensibilidad histórica y ese mimo hispánico, el ciclón antillano hubiera borrado la alcurnia nacional.

Pero no se crea que Santo Domingo o Ciudad Trujillo acapara la importancia metropolitana; la política nacional reparte sus esfuerzos de engrandecimiento por todas las ciudades de la República: Santiago de los Caballeros al pie de las montañas, en las verdes praderas de Jacagua; San Pedro de Macorís, puerto y centro azucarero importante; San Cristóbal, donde fué elaborada la primera Constitución; Barahona, Monte Cristy, Puerto Plata, La Romana..., cuentan con soberbios edificios modernos mezclados con sus monumentos coloniales.



Arriba: Tres aspectos de la capital de la República Dominicana en los que se recogen el movimiento de su puerto, al que atracan los grandes transatlánticos, y la moderna arquitectura de sus edificios. A la izquierda: plano de la ciudad y debajo dos vistas de la exuberante vegetación de sus campos.—En la página siguiente. Abajo: La importante factoría de maquinaria del Central Romana, que fabrica todos los adelantos modernos de la industria azucarera.

La República Dominicana ha impulsado notablemente su bienestar, construyendo carreteras, canales, puentes, saltos de energía eléctrica, hospitales, fábricas, bancos y toda clase de centros culturales, desde escuelas primarias a institutos y academias de Enseñanza superior.

La feracidad, progreso y belleza de esta joya del Mar Caribe, son extraordinarios. El Gobierno, con visión realista, considera el campo dominicano como eje de la vida nacional, y cerca de la frontera haitiana, han empezado a surgir lindos caseríos en lo que eran comarcas yermas y olvidadas. Son pueblos alegres y sanos. En ninguno de ellos falta una iglesia, una clínica y una escuela rural. El Estado premia la labor de los campesinos en las hermosas tierras del Caribe; les presta animales, semillas y aperos de labranza, dictando leyes protectoras y facilitándoles cuanto pueden necesitar. Es la gratitud de la Patria dominicana que así se manifiesta hacia quienes la alimentan y enriquecen. Cada arado, cada segadora, cada tractor, valen por una condecoración.

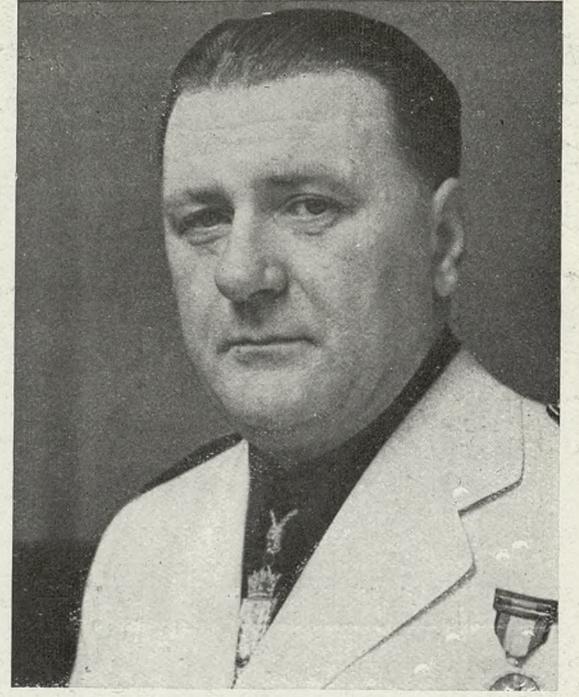
Así aumenta la riqueza cada año en la República Dominicana, que ha cancelado su Deuda Exterior. Cultivos dominicanos, industrias e ingenios modernos, riqueza, a base de caña dulce, de azúcar, de café, de cacao, de tabaco, de plátano, de maní, de arroz...

Antes de terminar estas líneas debemos rendir homenaje y recuerdo al español que impulsó la industria azucarera en la Antilla. Era catalán, se llamaba Miguel de Ballester, y en el año 1518 tenía en la Isla de Santo Domingo 28 plantaciones de caña con sus correspondientes artefactos para extraer el azúcar. Este fué el iniciador de una gran riqueza.

J O S E S A N Z Y D I A Z



El Excmo. Sr. D. Elias Brache, Embajador de la República Dominicana en España, presentó sus credenciales a S. E. el Jefe del Estado Español el 13 de mayo de 1948. Transcurrida la ceremonia, el nuevo Embajador conversó con el Generalísimo Franco.



El Excmo. Sr. D. Manuel Aznar, destacado periodista y diplomático español, que representó a España en la Embajada de Washington, ha sido nombrado Embajador de nuestra Patria en la República Dominicana, donde actualmente se encuentra.

REPUBLICA DOMINICANA Superficie: 50.070 km². — Límites: al N., el Atlántico; al E., el Canal de la Mona, que la separa de Puerto Rico; al S., el Mar Caribe, y al O., la República de Haití. — Población: 2.100.000 habitantes. — Población relativa: 42 h. por km². — Idioma: Español. — Capital: Ciudad Trujillo —antes Santo Domingo—, con 160.000 h. — Producción: Azúcar, cacao, café, tabaco, arroz, maíz, algodón, frutas, ganado vacuno y cerdino, etc. — Exportaciones: Azúcar, café, tabaco y otros productos agrícolas. — Importaciones: Productos manufacturados, en especial tejidos, maquinaria, productos químicos y farmacéuticos, automóviles, papel, etc.

